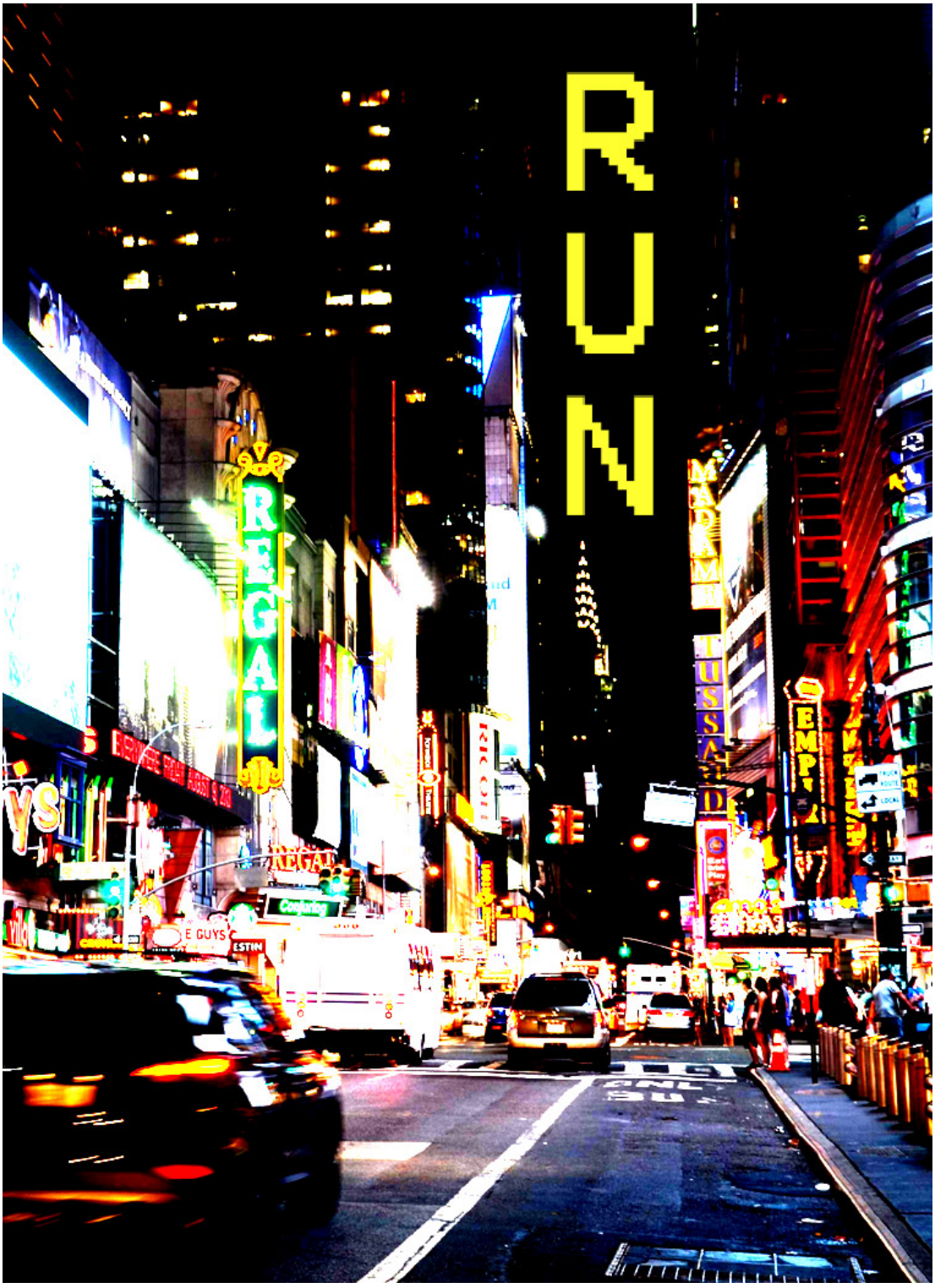
Run

N Sánchez



Capítulo 1

Cuando por fin deja de besarme, respiro aliviada. Estamos en la habitación de Finn, tumbados en su cama, enrollándonos como tantas y tantas veces, pero no puedo dejar de pensar en el hambre que tengo. De veras, no es algo que haga de forma consciente, pero el que haya pasado hambre alguna vez, sabrá de lo que estoy hablando. Tu mente no puede concentrarse en otra cosa que no sea ese incómodo vacío en el estómago. Y no digamos ya cuando se convierte en dolor, entonces se hace totalmente insoportable.

En estos momentos, mientras miro el techo del cuarto sé que aún no he llegado a ese punto aunque eso no evita que un rugido espantoso surja de mis tripas.

Por suerte, Finn me mira divertido.

-Vamos a pedir algo de comida… no sé porqué algunas chicas os empeñáis en pasar todo el día con una manzana y poco más -dice mientras se sienta en la cama-. No te vendría nada mal coger un poco de peso, estarías aún más guapa si cabe.

Me levanto y le sonrío. La verdad es que como adulador no tiene precio, por eso siempre se ha llevado a las chicas de calle.

Me gustaría poder decirle que ojalá fuera por eso y no que no he tenido nada que llevarme a la boca desde ayer, pero se destaparía toda la mentira que he levantado alrededor de mi propia vida y eso no puede pasar nunca.

-Ya sabes, a veces, se me olvida comer -si me dieran una moneda cada vez que digo esa mentira, a estas alturas sería rica.

Me coge de la mano y tira de mí, llevándome a través de su enorme casa hasta llegar a la cocina.

-¿Qué tal una pizza? -comenta buscando el menú en la tablet.

Se me hace la boca agua solo de pensarlo.

-Bien -consigo decir-. Lo que elijas estará bien.

Veo como teclea la pantalla para hacer el pedido y al terminar me mira

con sus enormes ojos azules.

-Listo, en diez minutos estará aquí… ¿qué se te ocurre que podemos hacer durante ese tiempo?.

Pienso que cualquier cosa me sirve con tal de conseguir que la espera se haga más corta, así que me acerco a él dispuesta a besarle de nuevo. Todo sea por tenerle contento…

La pizza no tarda en llegar y yo misma salgo a recogerla. El dron no ha hecho más que sacarla de su compartimento y prácticamente se la he arrancado de sus pinzas.

El olor a jamón y champiñones me golpea directamente al colarse por mi nariz y estoy a punto de sufrir un mareo de la necesidad. Mientras me acerco a la mesa y me siento frente a Finn, tomo nota mental de no volver a llegar a este extremo de nuevo.

Doy un sorbo al refresco que ha dejado para mí y cojo una porción de pizza con cuidado. Finn se entretiene contándome no sé qué lío del último partido de baloncesto mientras yo mordisqueo la pizza sin prisa. Me sorprende el punto de autocontrol que he conseguido con el tiempo, ya que años atrás me hubiera abalanzado como un animal sobre el pedazo de comida. En cambio ahora, sé que nadie se daría cuenta de mi situación, ni siquiera Finn que cree que me conoce pero que en realidad vive inmerso en su mundo y no ve más allá de sus propias narices.

Inmediatamente me siento mal por pensar así de él. Es cierto que no es más que un chico de clase alta con una vida sin problemas, más allá de preocuparse por su ropa o su próximo partido, pero no negaré que las cosas me van mejor desde que soy su novia. Es lo que pasa con los niños de papá como Finn, que siempre está dispuesto a pagar mi comida en el comedor, cuando salimos por ahí… y si nos quedamos en casa como hoy, se encarga de que no falte de nada. A cambio… tengo que cumplir con mis "obligaciones" como pareja, pero no diré que me cuesta besarle porque estaría mintiendo. Aunque eso no soluciona el hecho de que en realidad no sea para nada mi tipo. Es guapo, sí, ahora mismo le estoy mirando y es algo más que evidente. Es alto, con la complexión del típico deportista, su piel tiene cierto tono dorado que hace que aún resalten más sus ojos azules y su pelo parece siempre bañado por la luz del sol… casi podría decir que se trata de un dios griego, ¿y qué chica no querría a alguien así?. Pues yo. Me gustaría por una vez poder basarme en otra cosa que no fuera la necesidad. Así de simple.

-¿En qué estás pensando? -me pregunta interrumpiendo mis pensamientos-. Hace rato que no escuchas lo que te estoy contando.

Le sonrío con esa pose que tanto he ensayado frente al espejo para resultar creíble.

-Lo siento, estaba pensando que tengo mucha materia atrasada y debería ponerme al día con ella. Dentro de nada, son los finales.

Me acaricia el brazo.

-Si quieres yo puedo ayudarte a estudiar…

Ya, claro. Tengo la costumbre de dejar que crea que él es más listo sin embargo yo soy la que está a punto de conseguir una beca para la universidad, y no una de baloncesto precisamente.

-Gracias, pero tú ya tienes mucho trabajo y no quiero retrasarte… sólo necesito organizarme durante las próximas semanas y ya está.

Acerca su silla a mí y me rodea la cintura con los brazos.

-Vale, pero si necesitas ayuda… dímelo.

Asiento inocentemente.

-De acuerdo -miro el reloj-. Tengo que irme ya.

Me acerca a él y hunde su cabeza en mi cuello.

-¿De verdad?. ¿No quieres quedarte un rato más?.

-Mañana es lunes… si me quedo, se me hará muy tarde.

Se separa y me mira con esperanza.

-Quédate un poco más y te acerco después con el coche.

Odio que lo diga ya que siempre tengo que rechazar su oferta.

-Sabes que me gusta ir andando -me pongo de pié para irme y zanjar la conversación cuanto antes -. ¿Cómo crees que hago para mantener este culo?. Yendo a los sitios en coche el resultado no es el mismo…

Me da una palmadita cariñosa y a regañadientes me acompaña a la puerta. Cojo mis cosas y le doy un rápido beso en los labios.

-Ey, nena… quiero más de eso.

Me acerca de nuevo a él y me besa con ganas, así que respondo y cuando

nos separamos, ambos tenemos la respiración entrecortada.

-¿De verdad no te quieres quedar? -pregunta mientras se revuelve el pelo.

-Si me quedo más tiempo va a acabar pareciendo que vivo aquí -algo que no me importaría con tal de escapar del antro al que tengo que llamar hogar -Mañana nos vemos.

Salgo rápidamente, antes de que intente frenarme y cuando abandono el camino de entrada y llego a la acera, le saludo con la mano ya que él sigue apoyado en la puerta esperando a que me despida por última vez.

Camino por el barrio residencial y no deja de sorprenderme la tranquilidad que se respira en esas calles. Giro en la siguiente a la derecha y dos giros más hasta llegar al siguiente barrio y detenerme en la parada de autobús que me llevará a casa.

Hay veces que me siento mal por mentir así a Finn que piensa que vivo en la otra punta de su propio barrio y no en el otro lado de la ciudad, pero también sé que no aceptaría saber la verdad. Para él es mucho más fácil creerse lo que le cuento, aunque haya cosas que no le cuadren, que la realidad. Por eso cuando le digo que no puede venir a mi casa, porque mi padre es sobreprotector y no acepta que yo tenga novio, ni siquiera insiste.

Llega el autobús y al subir me siento detrás del conductor. He aprendido que esa es la zona más segura, teniendo en cuenta que nos dirigimos a la peor parte de la ciudad y doy fe que es algo que no he aprendido de la mejor manera.

Apoyo la cabeza en el cristal y me preparo para una hora de trayecto. Para cuando llegue será medianoche…

Entro en el apartamento procurando no hacer ruido, aunque no sé de qué me preocupo, seguro que mi madre lleva un buen rato totalmente inconsciente. Oigo la tele de la sala y al asomarme me encuentro con una escena más que familiar. Me acerco a mi madre y compruebo que respira, parecerá una tontería pero siempre he pensado que un día al llegar me la encontraré muerta, así que suelo asegurarme. Como de costumbre sólo está durmiendo la mona.

Recojo la botella de vino que ha dejado una "bonita" mancha en la alfombra y otra de vodka casi acabada de la mesa… "Genial mamá, después de tragarte todo esto ni un terremoto podría despertarte". Tiro lo que queda por el fregadero y busco en los armarios por si tiene alguna de

reserva y vaciarla también. No servirá de mucho porque no tardará en comprar más, pero así igual se ve obligada a desayunar café como el resto de los mortales.

De camino a mi cuarto paro de nuevo en la sala y la miro roncar plácidamente. Es tan guapa… si no hubiera echado su vida a perder de semejante manera tendría al mundo a sus pies, pero ahora ya es tarde y la gente no ve más allá de una borracha con el rimel corrido y el juicio nublado.

Llego a mi cuarto y me desplomo en la cama dispuesta a dormir con la ropa puesta. Mañana tengo que levantarme pronto pues quiero hacer algo antes de ir a clase y teniendo en cuenta la hora que es, apenas me queda tiempo para descansar.

Me despierta el ruido del despertador y con los ojos aún medio cerrados salto de la cama dispuesta a no perder un minuto. Una ducha rápida, cinco minutos para vestirme y por supuesto, nada que llevarme a la boca. Cojo mi mochila y rezo para que hoy sea mi día de suerte. Salgo a la calle desierta aún y me dirijo al norte a tan solo un par de calles más arriba de donde vivo. Aunque ya ha amanecido, la mayoría de la gente está durmiendo aún y cuando llego al café miro con esperanza el cristal. En él aparece un anuncio de "se necesita camarera" , así que me paso los dedos por el cabello intentando peinarme y respiro hondo antes de abrir la puerta y entrar.

No es una cafetería grande, apenas unas diez mesas y una pequeña barra que en estos momentos acoge al único cliente del local. Es un señor de mediana edad que está tomando un café y lo que parece una jugosa ración de tarta de zanahoria. Trago saliva con dificultad sin poder dejar de mirar el plato lo que hace que me sobresalte al oír una voz al frente.

-Querida, ¿qué quieres tomar?.

Miro al otro lado de la barra, a la menuda señora que asoma al otro lado y parpadeo varias veces antes de reaccionar.

-Yo… -miro el plato del señor y a ella alternativamente-. Nada… gracias. Quería preguntar por el anuncio de camarera.

La mujer me sonríe.

-Sí cielo, pero no podemos hablar sin que hayas comido primero algo…

Su insistencia consigue ponerme nerviosa y me estrujo las manos

intentando calmarme.

-Verá, no puedo…

No hace falta que termine la frase, veo comprensión en la cara de la mujer y asiente tranquilamente.

-Tu elige lo que quieres comer… invita la casa como parte de la entrevista.

Me hace sentir violenta el que se haya dado cuenta de que no puedo pagar un desayuno, pero mi estómago me dice que no puedo perder la oportunidad de llevarme algo a la boca.

-Cualquier cosa estará bien.

-De acuerdo, espérame en esa mesa de ahí.

Me acerco al lugar que me señala y me siento obediente. Miro por la ventana del local disfrutando de la tranquilidad y a los pocos minutos la dueña del local deposita una enorme porción de tarta de chocolate y dos tazas humeantes de café.

-Gracias.

-Tú niña come tranquila, mientras yo te explico el trabajo.

La escucho atentamente mientras doy buena cuenta del desayuno y cuando media hora más tarde salgo del local mi humor ha cambiado considerablemente. No sólo llegaré a clase con el estómago lleno sino que además tendré un trabajo por las tardes con el que poder juntar algo de dinero. Echo a andar hacia la parada del autobús cuando mi móvil suena. Un mensaje.

Lo saco de la mochila y miro la pantalla sin poder creer las letras que en ella aparecen. Una única palabra que hace que comience a temblar sin control.

"RUN".

Capítulo 2

Al contrario de lo que esa palabra me insta a hacer, no corro. Empiezo a respirar con dificultad e inclino la cabeza apoyando las manos en mis rodillas para no perder el equilibrio. Me estoy mareando. Pienso por un momento que igual se trata de un error o peor aún, una broma de mal gusto pero al levantar la cabeza me encuentro con un dron volando a la altura de mis ojos. "Me está grabando". Ya no hay duda, estoy en ese maldito concurso y no puedo hacer nada más que participar. "Vaya mierda". Me fijo que el robot tiene una pequeña caja entre las pinzas y la cojo sabiendo de qué se trata: Una pulsera con localizador que deberé llevar durante las dos próximas semanas y una batería de última generación para el móvil.

Aunque aún no soy capaz de pensar con claridad, me coloco la pulsera y cambio la batería sin dudar. "¿Qué hago ahora?". Decido que lo mejor es ir a casa y coger algunas cosas que me puedan resultar útiles, según se vaya conociendo la identidad de los concursantes será más complicado que me pueda acercar allí.

Echo a andar agradecida de estar a unas pocas calles del apartamento pues el tiempo corre en mi contra y tengo que pensar y organizarme lo antes posible. Cuando apenas he andado una calle paso por delante de una tienda de imagen y sonido y me resulta imposible no pararme frente al escaparate. En todas las pantallas, en pequeños recuadros aparece la imagen de los concursantes y cazadores.

Sé que tendré que averiguar todo lo que pueda de ellos más adelante y que ahora no debería entretenerme, pero una especie de embrujo hace que no pueda apartar la vista de la pantalla fijándome momentáneamente en algunos de ellos al leer el rótulo que aparece impreso sobre la imagen de cada uno. Me preocupan especialmente tres de los cazadores. Uno de ellos es profesional, es decir que lleva tiempo preparándose para este concurso. Otro, aunque trabaja de taxista, es un ex-convicto y no quiero pensar el motivo por el que pudo estar en la cárcel. Por último hay un policía, que tendrá no sólo acceso a armas, sino a sus compañeros de su parte, lo que significa tener a todo el departamento de policía en mi contra. El resto parecen gente de lo más normal aunque no sería la primera vez que una persona corriente se convierte en el más peligroso cazador.

Me fijo un segundo en las imágenes de los concursantes o cazados, entre ellas aparece la mía y sé que mi teléfono no tardará en comenzar a sonar.

“Maldita sea”. Todos mis planes, todo, se ha ido en un solo segundo al traste y suerte tendré si consigo salir de esta con vida. Los otros concursantes no destacan por nada en especial, excepto un profesional que fue cazador en otra edición. “Eso sí que es una putada”. No ganar como cazador y saber que tendrás que estar en otra edición esta vez como concursante. Sin embargo, así son las normas.

Cuando estoy a punto de despegar la vista de la primera de las pantallas me fijo en uno de los concursantes, un estudiante de 19 años llamado Oliver. “Ese chico me suena... no, no puede ser”. No tardo en darme cuenta de que se trata del hijo del alcalde. Esto es toda una sorpresa ya que pocas veces en RUN se ha visto participar a personas poderosas, o “hijos de”. Casualmente la mayoría de las veces se libran, pero esta vez no ha sido así.

Llego a casa corriendo y lo primero que hago es cerrar todas las cortinas. Puede que este sea uno de mis últimos momentos de intimidad y tengo que aprovecharlo. El dron que me seguía a corta distancia, no ha conseguido entrar tras de mí en el portal y no tardará en buscarme a través de las ventanas para seguir grabando. Mi madre sigue durmiendo en el sofá y decido preparar mis cosas antes de intentar despertarla.

Entro en mi cuarto y vacío el contenido de la mochila sobre la cama. No creo que vaya a necesitar los libros durante estos días. Por un instante me paro en seco. “¿Y ahora qué hago?”. Me arrepiento de no haberme apuntado a esos cursos de supervivencia que tan de moda estuvieron hace un tiempo y que, según anunciaban, te aseguraban poder superar el concurso. Así que lo único que queda es mi instinto y mi lógica trabajando por salir adelante durante estos quince días. Para empezar, abro el armario y busco ropa más cómoda y práctica. Camiseta, vaqueros elásticos, botas planas, sudadera con capucha y chaqueta de cuero.

Me cambio y guardo en la mochila algo de ropa interior, una gorra, un par de camisetas más y otro vaquero. Voy a la cocina y revuelvo los cajones hasta encontrar una linterna, un mechero y una navaja multiusos. También cojo un par de cuchillos bien afilados. Nunca se sabe. Entro en el baño y echo mano de un paquete de toallitas húmedas, un pequeño botiquín y un peine. De pasada veo mi reflejo en el espejo y me detengo a mirarme con más detenimiento. Mi pelo es cobrizo, casi pelirrojo y eso en estos momentos no es muy bueno pues llama mucho la atención. Si tuviera dinero para comprar un bote de tinte... sin embargo no lo tengo así que de momento me lo tendré que cubrir con una gorra y ya está. Doy una vuelta por la casa, pensando si hay algo más que pueda llevarme, pero no se me ocurre nada más.

Me asomo a la sala y miro la figura de mi madre que continúa durmiendo en el sofá. Un hilo de baba le resbala por la mejilla y mientras la observo respiro profundamente concienciandome de que tengo que hablar con ella

antes de irme. Me acerco, la zarandeo una vez, dos, tres... sigue sin despertar y yo no puedo perder más tiempo. Voy a la cocina y diez segundos después vacío una jarra de agua sobre ella. Salta sobre el sofá desorientada mientras su pelo mojado me salpica la cara.

-¡¿Qué pasa?!-me mira con los ojos enrojecidos sin entender qué es lo que ocurre.

La entiendo, normalmente se despierta a media mañana cuando yo llevo ya varias horas en clase y zanganea el resto de la mañana hasta que sale a buscar a alguno de sus "amigos" para que le proporcione un poco de alcohol con el que pasar el día.

-Mamá -intento hablar tranquila pero la voz me tiembla-. Tengo que irme. Estoy... estoy en ese programa de mierda y soy una de las concursantes, en cualquier momento intentarán cazarme así que tengo que irme ya.

Al decir esas palabras parece que todo se hace más real, me doy cuenta del verdadero problema en el que estoy metida. Tengo que esconderme, tengo que defenderme, tengo que... sobrevivir.

-¿Concurso? -dice mientras se frota la frente. Creo que la resaca no le deja comprender la situación.

-¡Sí!. RUN. Soy una de las concursantes -la sujeto de los hombros para que me mire, necesito que entienda-. ¡Escúchame!. Vendrán a buscarte, para entrevistarte... ya sabes cómo funciona. No les cuentes nada, no hables, ¿de acuerdo?. Tengo que irme.

Me mira desconcertada.

-Pero... en ese programa... los concursantes mueren.

Que descubrimiento.

-Sí, por eso tengo que irme. Pronto tendré diez cazadores detrás. Pero no te preocupes, haré todo lo que pueda para sobrevivir.

Asiente levemente y yo no sé qué más decir. Le doy un beso en la frente y vuelvo a mi habitación para coger mis cosas. Cuando cruzo el pasillo ella sigue en el sofá, exactamente igual, con la ropa mojada y la mirada perdida.

Cierro la puerta tras de mí y me apoyo durante un instante en ella. Siento una tremenda presión en el pecho pero no termino de entender porqué de pronto me siento mal por ella, por dejarla sola. Hace mucho que dejé de preocuparle, hace mucho que dejó de cuidar de mí, de escucharme, de abrazarme. No debería sentir nada hacia ella, pero este dolor que noto

dentro me dice que no es así. Cierro los ojos para intentar tranquilizarme sin embargo un ruido cercano me hace abrirlos de nuevo. La puerta de enfrente se entreabre y distingo el rostro de mi vecina mirando con reticencia a través de la abertura. “Lo sabe”. Y como ella muchos más. Me dirijo hacia las escaleras mientras me coloco la gorra ocultando mi pelo en su interior. Antes de abandonar el edificio, me aseguro de que no haya gente ya a la espera. En este programa muchos se comportan como fans enloquecidos pidiendo autógrafos a los participantes y siguiéndoles a todas partes. Por suerte aún no hay nadie, así que salgo a la calle y echo a andar sin rumbo fijo. Tengo que pensar qué hacer, aunque en este concurso no se pueden hacer muchos planes pues los que lo dirigen se encargan de que el juego cambie constantemente. Todo sea por el espectáculo.

El móvil me vibra en el bolsillo, lo saco y miro la pantalla en la que encuentro una notificación del concurso: uno de los cazadores se ha suicidado. El mensaje explica que el hombre, de 70 años ha saltado desde la ventana de su apartamento en el que vivía solo. El mensaje lleva adjuntado un video del momento, pero me niego a verlo. Me podrán obligar a muchas cosas, a eso no. Se me revuelven las tripas solo de pensarlo. No es la primera vez que ocurre, para muchas personas, da igual en qué bando les toque, no son capaces de aguantar la presión de la situación. ¿Seré yo capaz?. Creo que en dos semanas, tendré tiempo de comprobarlo.

Me siento observada y busco a mi alrededor, pero la poca gente que me cruzo está inmersa en su propia rutina y ni siquiera me miran a la cara. “Pronto comienzo a comportarme como una paranoica”. Sacudo la cabeza, intentando librarme de esa sensación sin embargo no funciona y busco a mis espaldas con inquietud hasta que descubro qué es lo que me causa ese desazón. El maldito dron me sigue a corta distancia y por suerte lo hace a varios metros de altura pasando totalmente desapercibido para el resto de personas. El hecho de que lleve puesta la pulsera impedirá que pueda perderme de vista mas que por pequeños periodos de tiempo. Si no me equivoco, mantendrá la distancia, hasta que haya algo escabroso que mostrar, entonces estará bien cerca para poder grabar un primer plano de lo que ocurra.

Mi teléfono comienza a vibrar de nuevo con insistencia. Una llamada... y es Finn. Por un instante pienso en no contestar, sin embargo no me parece justo ignorarle. Él no tiene la culpa de nada de lo que está ocurriendo. Pulso el botón y acerco el móvil a mi oreja.

-¿Donde estás? -noto urgencia en su voz.

-Lo sabes, ¿no?.

Le oigo resoplar a través de la línea.

-Claro que lo sé -parece triste y eso hace que se me encoja un poquito el corazón.

-Pues entonces olvídate de mí -le digo intentando parecer firme.

-Adah... necesito verte. Por favor, no me niegues eso. Sólo dime dónde.

Ahora la que resopla soy yo. No quiero ponerle en riesgo pero si en algún momento puedo verle, es ahora que todavía no tengo los ojos de toda la ciudad puestos encima y siento que le debo al menos eso.

-El parque Coll, en el puente de los patos.

No espero a oír su respuesta.

Estoy escondida entre unos arbustos desde los que puedo ver el puente y no hago más que repasar mi discurso para Finn: lo siento mucho, te he engañado, olvídate de mí...

Repito esas palabras una y otra vez como si de un mantra se tratara, intentando convencerme a mí misma con ellas.

De pronto veo su figura atlética en el centro del puente, buscándome con actitud nerviosa y aunque quiero correr junto a él, junto a la persona que me ha proporcionado lo más parecido a una vida normal durante estos meses, primero tengo que asegurarme de que estamos solos. Por su seguridad y la mía.

Cuando compruebo que la zona está despejada me acerco con la cabeza gacha y al llegar a su lado, me mira dudando. Recuerdo que mi apariencia no es la habitual para él, sin embargo eso es lo de menos ahora, así que antes de que pueda hablar le cojo del brazo y tiro de él para que me siga. Le llevo prácticamente a rastras hasta la entrada de una pequeña casa abandonada y con destreza separo una de las tablas que impiden el acceso a su interior. Él no lo sabe pero este era uno de mis tantos escondites, uno de los lugares a los que acudía cuando estar en mi casa se volvía insoportable... “No pienses, no recuerdes”.

Finn me sigue sin protestar y cuando me detengo en una habitación con suficiente claridad como para que podamos distinguirnos el uno al otro, me acerca a él y me abraza. Deseo llorar, deseo poder huir, deseo que esté conmigo para protegerme, sin embargo sé que no es posible, que

tengo que ser fuerte y por eso no derramaré ni una sola lágrima.

-¿Por qué me has traído aquí? -me pregunta sin dejar de acunarme entre sus brazos.

Necesito mantener la distancia para decir lo que tengo pensado. Intentando no ser brusca me deshago de su abrazo y veo extrañeza en su mirada. "Sí, eso es. ¿Lo entiendes?. No me conoces".

-Hay un dron siguiéndome -me cruzo de brazos intentando mantenerme firme-. Este fue el primer sitio que se me ocurrió por la zona. Al menos te debía una despedida sin cámaras, ¿no?.

Se acerca a mí y yo retrocedo inconscientemente.

-No lo entiendo. Vale, estás en ese programa de mierda... ¿y qué?. Te ayudaré, lo conseguirás, lo conseguiremos juntos...

Por un instante crece en mí algo parecido a la esperanza sin embargo pronto recuerdo que eso sería posible si todo lo que el conociera de mí fuera cierto. Pero no es así.

-No Finn. Olvídate de mí. Ha sido genial estar contigo pero se acabó.

-No digas eso nena. Yo te quiero y estoy dispuesto a...

No lo soporto más. Está dispuesto a arriesgar su vida por mí y eso no es justo. No después de cómo he jugado con él.

-¡Cállate Finn!. No lo entiendes... no es solo por el concurso. Te he estado mintiendo durante estos meses, he sido lo que tú querías que fuera: la novia ideal. Pero nada de todo eso es cierto y ahora por culpa de RUN la verdad saldrá a la luz. Se hablará de mí, de mi vida y tendrás que soportar el que todo el mundo se ría de ti.

Él abre mucho los ojos. Tengo claro que lo último que esperaba por mi parte era una confesión como esa.

-¿Me has engañado?. ¿Respecto a qué? -según habla una especie de ira comienza a surgir de él-. ¿Respecto a tu vida?. ¿Respecto a lo que sientes por mí?. ¡Dímelo!.

Me fijo en sus puños, ahora apretados y no recuerdo haberle visto nunca así de enfadado. Precisamente su buen humor es una de las cosas que más me gustan de él. Y ese buen humor ha desaparecido por completo.

-Todos los días deseaba que la vida que tenía a tu lado fuera la de verdad y si hubieran pasado unos meses más lo habría conseguido. Lo demás

sería pasado. Pero ahora ya da igual.

Finn me sujeta de los hombros para que le preste atención.

-Dime que me quieres y lo demás no me importa. Me da igual tu pasado o tu presente si me dices que lo que había entre nosotros era verdad.

Bajo la mirada y él me suelta. Sabe que no obtendrá la respuesta que busca. Me pongo de puntillas y le doy un leve beso en los labios.

-Cualquier chica se sentiría afortunada de tener un novio como tú.

No tenemos nada más que decirnos así que salgo de la casa. Me falta el aire e intento respirar profundo pero no lo consigo. Tengo una terrible presión en el pecho y siento el muro que he construido a mi alrededor resquebrajarse por cien sitios a la vez. Y ahora sí corro, pues lo que me persiguen son mis sentimientos y eso es peor que tener a nueve cazadores pisándome los talones.

Capítulo 3

Han pasado un par de horas desde que dejé a Finn y no hago otra cosa más que caminar sin rumbo. No sé a dónde ir, no sé que hacer... el móvil no deja de vibrar y cada vez que lo miro, me arrepiento. Hace una hora empecé a recibir mensajes de muchos compañeros y conocidos pero no eran de ánimo sino todo lo contrario. Eso me confirmó que ya había salido la ficha con mi historial. Una ficha por cada concursante y cazador en la que se puede leer un "estupendo" resumen de su vida. Y en la mía ya me podía imaginar la información que aparecía. Me había pasado meses preparando una imagen perfecta de mí misma y este asqueroso concurso se había encargado de cargársela en cinco minutos.

Ahora todos mis compañeros sabían que les había engañado, que no era una de ellos, con sus maravillosas vidas perfectas. Que era una intrusa en su día a día, algo terrible teniendo en cuenta que la élite no acepta a cualquiera en sus círculos. Así que "zorra" era lo más suave que aparecía en sus mensajes. Cuando llegó el décimo, pensé en quitarle el volumen al móvil pero eso significaba no enterarme de las notificaciones que enviara el concurso y ese era un riesgo que no podía correr.

Me siento en un banco solitario y muevo la gorra sobre mi cabeza incómoda. Me está dando calor pero creo que exponer el color de mi pelo será mucho peor que los picores que en este momento me asaltan. Resoplo con rabia pues he tomado una determinación, aunque esta es dada por las circunstancias, no porque realmente yo quiera. Me levanto con energía, como siempre que me traigo algo entre manos y me encamino a la zona de oficinas de la ciudad que está a pocas calles de aquí.

Cuando llego al cruce que buscaba observo la gente trajeada que me rodea sin prestarme la más mínima atención y me sitúo en el paso de peatones más concurrido de la zona. Miro al frente, a los individuos que esperan despistados al otro lado, consultando la mayoría de ellos su móvil o tablet, decidiendo quién será mi víctima. En realidad no tengo preferencias y tampoco tiempo para pensar ya que el semáforo cambia y tanto los de un lado como los de otro, comienzan a andar. Me entremezclo con disimulo, caminando en línea recta hacia un señor de unos cincuenta años que lleva un carísimo traje gris. Saco mi móvil del bolsillo para resultar más creíble y choco contra él sin ningún pudor. El hombre trastabilla, aunque consigue mantener el equilibrio y me sujeta de los hombros sorprendido.

-Chiquilla, mira por dónde vas.

Pongo mi voz más melosa.

-Lo siento, iba despistada.

Me mira durante unos segundos a los ojos y puedo ver cómo su expresión se suaviza.

-No pasa nada, muchacha pero ten más cuidado la próxima vez.

Asiento con humildad y continúo mi camino, mientras noto mi pulso desbocado y los nervios a flor de piel. En ningún momento me giro, no cambio la velocidad de mi paso, hago como si nada, hasta que puedo girar en la siguiente calle y desaparecer entre la gente.

En cuanto veo un callejón me escondo en él y me aseguro de que no hay nadie cerca antes de sacar mi botín del interior de mi sudadera. La cartera es buena, de piel y en su interior hay un montón de tarjetas, un carnet de conducir y un buen fajo de billetes. El dinero lo reparto entre la mochila y el bolsillo del pantalón. Iré a un centro comercial e intentaré pagar con alguna de las tarjetas ahora que todavía sirven. En cuanto el tipo se dé cuenta de que le he robado, las cancelará.
No tardo en llegar, pues elijo un lugar cercano. En realidad, me valía incluso una tienda de barrio con tal de que pudiera encontrar lo que necesitaba, pero me parece más fácil pasar desapercibida en un lugar grande. Me dirijo a los baños de la planta baja y allí me arreglo un poco: me quito la sudadera, poniéndome la cazadora encima de la camiseta de tirantes y me peino el cabello dejando mi melena suelta. No quiero parecer una delincuente aunque en estos momentos me sienta así. Hace mucho tiempo que decidí no volver a robar, pero aquí estoy, ensuciándome las manos y la conciencia. Me escudo pensando que todo es culpa del concurso, aunque eso no hace que la imagen de mí misma que veo en el espejo me guste. Guardo las cosas en la mochila y salgo de nuevo.

Entro en el supermercado y me dedico a coger varias barritas energéticas, un par de paquetes de frutos secos y algo de bebida. Tampoco puedo llevar mucho peso. Cojo también un par de sandwiches para comer en cuanto salga, una manzana y galletas. Por último un bote de tinte castaño y una toalla, que son el principal motivo de haberle robado la cartera a aquel señor. Pago con la tarjeta en una de las cajas de pago automático y me deshago de la cartera en la primera papelera que encuentro.

Reviso los baños planta por planta buscando al dron que se encarga de la limpieza de los mismos y lo encuentro en la cuarta planta, justo colocando el cartel de “Fuera de servicio” en la puerta. Entro tras él y no pierdo un minuto en ponerme manos a la obra. Lo primero que hago es sacar las tijeras que llevo en el botiquín y sin ningún remilgo me corto el pelo a la altura de los hombros. No sufro, no me disgusto, es solo pelo. Intento

dejarlo más o menos igualado aunque tampoco puedo perder mucho tiempo con ello. Cuando creo que está más o menos decente, saco el tinte que al ser en espuma me llevará poco tiempo aplicar. Me lleva unos minutos repartir uniformemente el producto y en contra de lo que marca el propio envase, lo extiendo también sobre mis cejas. Al acabar, aún debo esperar varios minutos y el dron ya ha terminado con su tarea en ese baño pero no puedo dejar que salga hasta que yo esté lista. Estos drones son lo suficientemente inteligentes como para saber si han dejado un lugar acondicionado, así que me dedico a encharcar el suelo y tirar papel higiénico para que tenga trabajo para un rato más. En los siguientes minutos miro el reloj más de doscientas veces hasta que veo que el tiempo ha cumplido. La paciencia no es lo mío y en mis circunstancias actuales, menos. Me aclaro el pelo lo más rápido que puedo y lo seco un poco con la toalla. El secador de manos me ayuda en la tarea y cuando me miro de nuevo en el espejo, no me reconozco. No digo que esto sea una gran solución, pues el dron que me espera fuera del edificio no tardará en emitir imágenes de mi nuevo yo, pero entre una marea de gente, resultaré mucho menos llamativa que con mi habitual color de pelo. Le tiro la toalla al robot y salgo de allí antes de ser descubierta.

Una vez fuera del edificio, regreso al parque Coll ya que es uno de los que más recovecos tiene y no dudo en sentarme entre unos arbustos para poder comer tranquila. Mi dron, por supuesto, me esperaba a la salida del centro comercial como un perrito y ahora planea a varios metros de altura sin perder en ningún momento mi ubicación. No entiendo porqué no me ha seguido al interior del edificio, quizás solo lo hagan cuando saben que van a coincidir varios concursantes en un mismo lugar...

Mordisqueo el primero de mis sándwiches mientras busco en la aplicación de móvil las fichas de cada uno de los cazadores. Aunque no me guste, no puedo demorar por más tiempo esta parte y necesito saber todo lo que pueda sobre ellos. Tengo que poder reconocerles si me encuentro con ellos y pensar cuáles son las debilidades de cada uno.

Añado a mi lista de preocupaciones a Enzo, un ejecutivo engominado de 35 años con una mirada más amenazadora que la más letal de las serpientes. Un escalofrío me recorre el cuerpo y sé que debo mantenerme lo más alejada que pueda de él. Suelo tener buen ojo con la gente y con solo ver su imagen sé si me puedo fiar o no.

También me preocupa Zoe, una estudiante de medicina de 19 años pues tiene acceso a material y medicamentos varios. Para su desgracia será fácil de reconocer pues sus ojos azules hacen un más que llamativo contraste con su piel oscura. Demasiado guapa para un concurso como este, pero por desgracia para ella, en RUN no hay excepciones que valgan.

Engullo el segundo sandwich mientras miro el resto de fichas intentando guardar toda la información que me sea posible en la memoria. Nueve personas, nueve desconocidos, nueve posibles asesinos: un profesional, un policía, un ex-convicto, una ama de casa, un ejecutivo, una psicóloga, una estudiante de medicina, un estudiante de química y una limpiadora.

Entro a ver la ficha de los concursantes, aunque no tenga porqué, no puedo evitar sentirlos como compañeros. Intento desechar esa idea pues no sería la primera vez que un concursante se deshace no sólo de los cazadores sino también de los cazados para ganar el premio para él solo. Mejor no tener compañeros, ni amigos, ni nada... se trata de sobrevivir y punto.

Me fijo en Colin, el profesional que fue cazador, por si fuera poco castigo el tener que ser cazado en esta edición, además lo tiene que hacer en el lugar que le ha tocado. Así que estará dos semanas jugando en un terreno desconocido para él.

Echo un vistazo a la ficha del hijo del alcalde, Oliver, de 19 años, estudiante. Lo único que conozco de él es su costumbre de protagonizar escándalos con los que avergonzar a su padre. Fiestas, chicas, alcohol... una joya. No diré que le deseo esto a nadie, pero a él seguro que le sirve de escarmiento. Eso si no lo matan, claro.

El resto son tan dispares como los cazadores: un jubilado, una ama de casa, una modelo, un profesor universitario, un estudiante de arte, una dependienta, un camionero y yo.

Entro en mi propia ficha con cierta reticencia ya que no sé lo que encontraré en ella. Como último dato aparece mi actual instituto, el más caro y exclusivo de la ciudad, lo que no cuadra mucho con el resto de mi currículum en el que se pueden leer tres detenciones por robos menores y expulsión de dos institutos. En realidad han sido bastante benévolos, eso o no han indagado lo suficiente, pues la verdad es que podría aparecer como la peor delincuente juvenil de todos los tiempos. Falta entre otras, la vez de la redada antidrogas, en casa de uno de los muchos amigos de mi madre, aunque por aquel entonces yo tenía 8 años y puede que ni me incluyeran en el informe policial. No diré que me he rodeado de las mejores compañías pero tampoco he sido una mala chica. Todo ha sido circunstancial. ¿Mis robos?. Fruto de la necesidad. ¿Las dos expulsiones?. Tengo mal carácter, sobre todo cuando tengo que oír cómo dicen que mi madre es una puta y una borracha. Aunque tengan parte de razón, no lo llevo muy bien, una cosa es lo que yo piense de ella y otra, que deje que cualquiera lo diga en voz alta.

Resoplo malhumorada. Me gustaría ver la cara de algunas de las chicas del instituto, esas que estaban rabiosas porque hubiera conseguido a Finn para mí solita. Ahora seguro que están organizando una fiesta que incluye

un maratón de RUN, para ver cómo me matan en vivo y en directo.

Mi móvil vibra en mi mano y veo que se trata de un mensaje de Finn. Ni que hubiera sabido que estaba pensando en él.

"Si me lo hubieras contado, lo habría aceptado. Si hubieras confiado en mí...".

Un nudo se instala en mi garganta impidiéndome tragar. Su decepción es más de lo que puedo soportar. Tecleo sin pensar y doy a enviar.

-Lo siento, no fue mi intención hacerte daño.

Dejo el móvil a mi lado sobre la hierba y me agarro la cabeza con las manos como si así pudiera arrancar de ella lo que ahora me atormenta. Cierro los ojos y me concentro en tararear una canción, bajito muy bajito, dejando así la mente en blanco y encontrando la paz que necesito. "No pienses más que en sobrevivir, nada más. Sobrevive dos semanas. Eres capaz, nunca te has rendido. No lo hagas antes de empezar". Intento convencerme a mí misma ya que no tengo a nadie que me dé ánimos.

He pasado hambre y frío, he tenido miedo, he tratado con indeseables... era una niña y fui capaz de salir adelante. Pero, ¿mataré si me veo en la necesidad de hacerlo?. ¿Dónde estará el límite de mi moral?. Un concurso en el que todo vale, eso es RUN... sin embargo si sobrevivo tendré que vivir conmigo misma y con lo que mi conciencia se lleve a cuestas de esta experiencia.

Oigo un zumbido y levanto la vista encontrando de pronto al dron a apenas un metro de distancia. ¿Por qué se ha acercado?. ¿Quizás ha pensado que iba a llorar y no quería perder detalle?. Sin embargo algo me dice que el motivo es otro. Miro el móvil y en él encuentro un nuevo mensaje del programa:

"ATENCIÓN CAZADORES Y CAZADOS. HOY A PARTIR DE LAS SEIS DE LA TARDE Y DURANTE UNA HORA LA TIENDA DE ARMAS DE BILL EN EL CRUCE DE LA SÉPTIMA CON LA CUARTA ESTARÁ A VUESTRA DISPOSICIÓN PARA QUE OS SURTÁIS DE MATERIAL. SIN COSTES. SIN REGLAS. NO DESPERDICIÉIS ESTA OPORTUNIDAD".

Me pongo de pie de un salto.

El juego de verdad, comienza ahora.

Capítulo 4

Llego tarde al lugar, demasiado tarde para mi gusto. Hubiera preferido poder recorrer los alrededores y hacerme una idea de las posibilidades pero pasan diez minutos de las seis y no puedo perder más tiempo del que he perdido ya.

He descubierto una de mis carencias: calcular distancias. No pensé que me llevaría tanto tiempo llegar al cruce y cuando he visto la hora, he recorrido las últimas manzanas a la carrera. Desde hace varias no veo ni un alma, pero claro, ¿quien sería el tonto que se atrevería a pasar por la zona con el riesgo que eso supone? Oigo unos ruidos secos y antes de asomarme ya sé que son tiros. ¿Tan pronto han conseguido las armas? Me asomo con cuidado por la esquina de un edificio que me da una vista en diagonal de la tienda de armas del tal Bill.

Intento distinguir qué es lo que ocurre: hay una persona parapetada detrás del coche aparcado frente a la tienda y el vehículo está recibiendo una continua lluvia de balas.

¿Quién está disparando? Me asomo un poco más, pues algo me dice que quien sea está en el edificio de mi lado de la calle y no tardo en ver un rifle asomando por la azotea de un bloque de cinco pisos.

Me juego el cuello a que se trata del poli. Es el único que tiene armamento a su disposición y habrá pensado que esta sería una gran oportunidad para cargarse a unos cuantos de un viaje.

No sé el plan del tipo que se esconde tras el coche, pero dadas sus circunstancias, yo intentaría volver por donde he venido.

Comienzo a ponerme nerviosa. ¿Qué puedo hacer? La puerta principal está más que descartada. ¿Tendrá la tienda un patio trasero o callejón? No queda otra. Mientras el poli esté entretenido con su presa, no bajará a buscar al resto.

Me doy un margen de una calle de distancia para reducir las posibilidades de coincidir con otro jugador y rodeo los edificios hasta llegar a la parte trasera del que me interesa. Tal y como pensaba hay un pequeño callejón sin salida que corresponde a ese bloque y un par de ellos más. Miro alrededor antes de acercarme pues no descarto que pueda haber algún

cazador más por la zona y no quiero que me pille de sorpresa. Todo parece extrañamente tranquilo. Tan tranquilo que oigo retumbar los latidos de mi corazón en los oídos.

Algo me dice que me dé la vuelta y me vaya. Que no entre allí, pero me vendría tan bien conseguir un arma... sería una gran ventaja y no puedo desperdiciar la oportunidad.

Saco de la mochila uno de los cuchillos de cocina y respiro hondo antes de acercarme a la puerta. Ni me lo pienso y con la adrenalina disparada, abro la puerta y entro. Es la zona de almacén y está llena de material perfectamente apilado en baldas. El lugar está en penumbra, débilmente iluminado por las luces de emergencia, pero es suficiente para que distinga las cámaras que han instalado en el local dispuestas a grabar cada detalle de lo que allí ocurra. Me siguen sigilosamente gracias a sus dispositivos de detección de movimiento. Empuño el cuchillo con pulso tembloroso e intento agudizar el oído para saber si hay alguien aquí conmigo pero no puedo distinguir más allá del ruido sordo que hacen las balas al impactar fuera, en la calle. ¿Cuánta munición tiene ese tipo?

Decido no perder más tiempo. Comienzo a buscar entre las baldas, solamente quiero una pistola automática. Algo que pese poco y que sea fácil de esconder. Cuando llevo medio pasillo revisado, comienzo a ponerme nerviosa ya que las cajas solo llevan una numeración escrita y no consigo encontrar lo que busco. Frustrada pateo una de las cajas cercanas e intento pensar en alguna otra opción.

Me sorprendo de ser capaz de pensar bajo presión, pues no tardo en caer en la cuenta de que seguramente habrá armas en la parte delantera de la tienda, para enseñar a los clientes. Bien, solo tengo que acercarme al mostrador y coger lo que busco. Me asomo por la puerta, esa parte de la tienda está más iluminada gracias a la claridad que aún entra por los escaparates y no tardo en comprobar que el lugar está totalmente vacío. Al acercarme al mostrador, estoy lo suficientemente cerca de la entrada como para ver al hombre que está parapetado tras el coche. Es un hombre de piel oscura que ronda los cuarenta, viste traje de chaqueta, algo que le hace parecer totalmente fuera de lugar. Creo que es el profesor universitario, aunque para ser académico me parece que esta vez no ha sido muy listo. Está a pocos metros de la puerta y sin embargo es como si estuviera a kilómetros, porque no hay forma alguna de que pueda llegar a la tienda sin que el otro le pegue un tiro. Durante una fracción de segundo, él mira al interior y me ve. Su mirada se cruza con la mía y reconozco en su cara un gesto de sorpresa, incluso gesticula algo, pero en ese momento dejo de mirarle. No puedo ayudarle, no puedo arriesgarme, tengo que centrarme en conseguir un arma y salir de aquí cuanto antes.

Con un nudo extra oprimiendo mi pecho busco por el mostrador hasta encontrar lo que necesito. Una automática de tamaño mediano con la que

podré apañarme. Comienzo a buscar munición, pero mi conocimiento de armas es prácticamente nulo y no tengo ni idea de qué balas necesito. Mierda, mierda, mierda. Un arma sin balas no me sirve de nada. Noto cómo empiezo a hiperventilar e intento calmarme mientras miro el cuchillo en una mano y la pistola en la otra.

Alguien me empuja contra el mostrador, haciendo que el arma se me escape de entre los dedos y caiga al suelo. Me duelen las costillas por el golpe y antes de que pueda ser consciente de lo que está ocurriendo, esa persona me da la vuelta y me suelta un bofetón. Con cierto aturdimiento intento fijarme en mi agresor y veo que se trata de una mujer, grande, muy grande. Tanto que prácticamente me dobla el tamaño. Si no recuerdo mal es la limpiadora, pero eso da igual, en estos momentos lo único que me importa es que quiere matarme. Da un golpe a mi otra muñeca haciendo que suelte el cuchillo y viendo su tamaño, estar desarmada juega en mi contra. Me coge de los hombros y entiendo lo absurdo de la situación, ya que ninguna de las dos sabemos lo que estamos haciendo. Parece que ni siquiera sabe cómo matarme...

Me zarandea y yo sin pensarlo le pego un puñetazo en la cara. Le doy bien, lo sé por el terrible dolor en mi mano y por el reguero de sangre que mana de su nariz. Por un segundo casi se me escapa un "lo siento" y eso sí que hubiera resultado patético, pero cierto es que no me siento bien pegando a nadie. La mujer deja escapar un sonido ronco que incluye un asqueroso borboteo y me escupe una considerable cantidad de sangre y saliva a la cara. Siento arcadas y peleo por librarme de su abrazo pero el puñetazo no ha sido suficiente y mantiene intactas gran parte de sus fuerzas. Nos movemos por el local, como si de un baile contemporáneo se tratara hasta que consigo darle una patada en la rodilla que hace que caiga, aunque para mi desgracia lo hace sin soltarme, arrastrándome con ella al suelo. Con una furia desmedida se sienta sobre mí y rodea mi cuello con ambas manos. No tendrá que hacer mucha presión, no ya para ahogarme, sino simplemente para romperme el cuello. Comienzo a marearme al notar que me falta el aire y boqueo desesperada para intentar atrapar alguna partícula de oxígeno. Pienso en mi madre, en Finn y me da vergüenza darme cuenta de lo fácil que va a ser acabar conmigo. Tenía más esperanzas puestas en mí misma...

Al borde del desfallecimiento, distingo una sombra abalanzarse y golpear a mi agresora. Al momento noto cómo sus manos se aflojan y el cuerpo se desplaza hacia un lado, dejándome libre de golpe. Me levanto de un salto y el mareo que eso me produce hace que no enfoque bien la cara de la persona que tengo frente a mí. Veo de reojo mi cuchillo y no dudo en cogerlo blandiéndolo de nuevo de forma amenazante.

—¡Ey tranquila! Estoy en tu bando.

Sacudo la cabeza y parpadeo varias veces hasta conseguir ver quién es el que habla. Es un chico joven que me resulta familiar... el hijo del alcalde. Genial. Doy un paso hacia él sin bajar el cuchillo.

—Aquí no hay bandos —digo con la voz ronca.

Levanta las manos en señal de rendición.

—Vale, como quieras. Pero tampoco hace falta que nos matemos entre nosotros, ¿no? Además te acabo de salvar la vida.

Tiene razón y de todas formas no sé a quién quiero engañar, tampoco sería capaz de matarle. Decido dejar de perder el tiempo con él y busco el arma por el suelo. La veo en un rincón y me acerco a recogerla mientras miro al chico. Este zarandea a la mujer con la punta del pie pero continúa inconsciente. Tiene sangre en la cabeza y hay trozos de un objeto de cerámica desparramados a su alrededor. En realidad no siento nada, ni pena, ni alegría... solo indiferencia.

De pronto se oye ruido en la parte del almacén y ambos miramos hacia la puerta. Regreso al mostrador y busco por los cajones intentando encontrar los cartuchos que necesito mientras me maldigo a mí misma por haber perdido tanto tiempo. El chico se acerca a la puerta y justo en ese instante esta se abre golpeándole en el hombro. Otro joven entra precipitadamente empujando a mi eventual compañero y tirándole al suelo. Nos mira a ambos con desesperación y observo su camiseta manchada de sangre. "Está herido". Antes de que podamos reaccionar un hombre fornido aparece en el umbral de la puerta con un enorme cuchillo de caza en la mano. Mi cuchillo al lado del suyo parece para untar mantequilla. Instintivamente me agacho intentando pasar desapercibida, pues tiene la vista fija en el joven y este atemorizado no se plantea enfrentarse a él, eligiendo la peor de las opciones. Sin pensarlo abre la puerta que da acceso a la calle y sale corriendo al exterior. La imagen se sucede a cámara lenta ante mis ojos. Veo al profesor, escondido tras el coche, intentar avisar al muchacho y oigo el inconfundible sonido de varios disparos al impactar contra el cuerpo del joven. Se desploma y todos sabemos que hay un concursante menos al que cazar.

El tipo del cuchillo se frena al ver la escena, lo que es una lástima, pues si hubiera salido tras él, no sería nuestra preocupación ahora. El hijo del alcalde y yo nos miramos durante una décima de segundo y después al asesino que se ha girado y nos observa dudando a quien atacar primero. Se abalanza sobre mí y yo reculo hacia la puerta pensando si podré ser lo suficientemente rápida como para huir de él. El chico le lanza lo primero que pilla a la cabeza, con tan buena puntería que acierta, aunque no es suficiente como para tumbarle.

Ambos entramos en el almacén buscando desesperados algo más para arrojarle, nos separamos por distintos pasillos y me agacho, esperando agazapada con mi cuchillo en alto. Aguardo en silencio y un leve zumbido me alerta, miro hacia arriba y veo que varias cámaras dirigen su objetivo a un punto concreto del almacén. Me desplazo en dirección contraria intentando hacer el menor ruido posible, pensando en la forma de entrar de nuevo en la parte delantera de la tienda para buscar munición. Cuando enfilo por el pasillo central, escucho un forcejeo en el contiguo y me imagino que es nuestro amigo el bruto intentando cargarse al muchacho. Durante un segundo pienso en ir a echarle una mano, pero rápidamente deshecho la idea. Primero, porque no es mi problema. Segundo porque seguramente en vez de un concursante muerto, habría dos.

Maldita mi conciencia, cuando agarro el pomo de la puerta mi asquerosa e inoportuna voz interior me grita "Te ha salvado la vida, le debes una". Gruño inconscientemente y giro sobre mí misma. Necesito algo con lo que atizarle. Cuando mis ojos distinguen el extintor en la pared del fondo, sé que ya he encontrado lo que necesito.

Me acerco sigilosamente a las dos figuras que forcejean en el suelo, el tipo tiene prácticamente al chaval inmovilizado bajo el peso de su cuerpo. No sé en qué momento el cazador ha perdido su cuchillo, pero es una ventaja que no podemos desaprovechar. Por suerte no repara en mí y me acerco lo suficiente como para tenerle a mi alcance. Él extintor pesa, sobre todo para alguien como yo que no ha pisado en su vida un gimnasio, así que decido ser práctica. Comienzo a balancearlo adelante y atrás para que coja inercia. El tipo levanta medio cuerpo, ha debido oírme a sus espaldas y cuando se gira, su cara de asombro es lo último que veo antes de estamparle el extintor en la cara con toda la fuerza que he sido capaz de reunir.

Cae inconsciente al lado del chico que me mira estupefacto. Tiene el labio partido y el pómulo derecho hinchado pero teniendo en cuenta que podría estar muerto, debería estar más que contento.

Se sienta y se limpia la sangre de labio con la manga.

—Gracias.

—Estamos en paz.

Vuelvo a la puerta, pues el tiempo prácticamente se ha agotado y no he conseguido las balas. Tengo que dejar de entretenerme salvando a "compañeros" de concurso, me juego mucho y parece que se me está olvidando la diferencia que supone tener una pistola o no.

La puerta del almacén se abre de golpe y un hombre entra corriendo seguido de otro. El segundo alcanza al primero y sin que pueda evitarlo

me arrollan, tirándome al suelo con ellos y convirtiéndonos en un amasijo de brazos y piernas.

Recibo un puñetazo en las costillas que ni siquiera sé si iba dirigido a mí y yo muerdo una mano que no sé a quién corresponde, pero no logro salir de en medio de una batalla que no era mía y a la que me he visto invitada por sorpresa.

Una mano tira de mí y no dudo en cogerla, tengo que forcejear un poco y aún recibo un par de golpes más antes de conseguir separarme de ellos.

—Prefiero que me sigas debiendo una.

Miro al chico resignada pensando que otra vez estoy en deuda con él.

El cazador, al que no he tenido ni tiempo de reconocer, da un puñetazo al otro tío y al incorporarse saca una pistola de la cinturilla del pantalón y nos dispara. Me quedo bloqueada, sin embargo el chico tira de mí sin dudar, arrastrándome a la salida mientras un par de balas nos pasan rozando.

Salimos al exterior y él se aleja unos pasos así que doy un tirón para soltarme y regreso a la puerta dispuesta a entrar de nuevo. El chico no duda en cerrarme el camino e intenta que le mire a los ojos.

—Quítate de en medio, niñato. ¡Tengo que volver a entrar! Se me ha caído la pistola. Necesito recuperarla.

—Oliver, no niñato. Todos necesitamos armas, pero ahí dentro están dos de los cazadores y ya has visto que no tendrán reparos en matarnos. Olvídate.

Tiene razón pero me fastidia reconocerlo.

—Quizás pueda esperar escondida...

Él mira su móvil.

—Apenas quedan unos minutos para que se acabe el tiempo. En cuanto cumpla tendremos que abandonar la zona.

De nuevo tiene razón, ¡Maldita sea! Necesito encontrar una forma... pero está claro que hoy no me va a salir nada bien.

Por la esquina del callejón aparece una chica bajita chillando histérica y apenas unos segundos después otra de marcados rasgos orientales blandiendo algo similar a un pequeño machete. Sin pensarlo echamos a correr hacia el fondo del callejón y tomo la única salida que está a nuestro

alcance: las escaleras de emergencia del edificio. Salto para alcanzar el primer escalón y tiro de él pero este no baja, puede que esté atascado por el óxido. Por suerte, noto como el chico me aúpa pudiendo así encaramarme a los primeros escalones y trepar. Al hacer pié en el primer descansillo me detengo a mirar si me sigue y descubro que ha subido con total facilidad. Me giro con intención de continuar cuando veo que él vuelve a bajar para ayudar a la chica bajita a alcanzar la escalera.

"Será idiota. Otro con conciencia" pienso. La sujeta del brazo con fuerza y comienza a elevarla cuando la cazadora llega a su lado y no duda en hacer un corte profundo a la chica en la pierna. Esta grita mientras un reguero de sangre salpica en los ojos a la cazadora que se aparta buscando otro ángulo desde el que atacar.

—¡Suéltame! Caerás tu también —grita la chica.

Veo cómo el hijo del alcalde niega con la cabeza mientras intenta alzarla, pero sólo tiene una mano libre y le tiembla el brazo de sostener a la chica. Cuando ya estoy decidida a descender unos escalones para ayudarle, una bala nos pasa silbando más cerca de lo que me gustaría y busco el origen de los disparos. Es el cazador que nos disparó dentro de la tienda... ¿habrá matado al otro concursante?

Otro disparo y la chica del machete mira en su dirección y le grita.

—¡Ey estúpido! Me vas a dar a mí.

—¡Pues apartate! ¡Yo no pienso hacer diferencias! —responde el hombre a voces mientras apunta de nuevo en nuestra dirección. Me agazapo en el descansillo justo cuando una bala roza al chico en el brazo y sus reflejos hacen que suelte a la joven que sujetaba con tanto ahínco. El alarido de dolor que escapa de su garganta al golpear el suelo con la pierna herida, nos hiela a todos la sangre.

Otra bala hace que me dé cuenta del riesgo que corro si continuamos tan expuestos, así que sin pensar tiro de la camiseta de mi compañero mientras comienzo a subir en dirección al tejado, intentando alejarme del lugar todo lo que puedo. El móvil suena y puedo leer en el mensaje que avisa de que el tiempo ha terminado y que hay que abandonar la tienda. "Una oportunidad perdida, me he arriesgado para nada".